



Un futuro sin agua

Nada es gratis y el agua, recurso cada vez más escaso, debería ser vendida, desde ahora, a un precio que garantice su conservación y reciclaje. Pero no. Nos damos el lujo de desperdiciarla. Muy pronto, lo vamos a lamentar. Y mucho

Son días de agobiante canícula. Las ciudades exhiben su amarillenta vegetación, esos prados raquíticos y matorrales de tonos cenicientos que logran brotar en medio del cemento. No hay agua. No hay tampoco nubes en el cielo. Hay polvo. Hay un viento seco y violento que levanta la tierra. Hay humo de los arbustos que arden en las barrancas y riberas erosionadas. Hay, por encima de todo, un sol inclemente que no deja de brillar a lo largo y ancho de un territorio devenido en un gigantesco desierto. México, hoy, nos ofrece la inquietante visión de una sequía universal y su yermo paisaje parece anunciarnos la catástrofe de un futuro sin lluvias, sin lagunas y sin ríos. Un futuro sin agua, o sea.

Bienvenidos al siglo XXI. Nos anunciaban ya que no sería un tiempo de grandes guerras nacionales sino de batallas contra las bandas criminales; una época de contrabandistas, narcotraficantes, piratas, secuestradores y tratantes de blancas. Un siglo, también, de atentados terroristas y escaramuzas perpetradas por grupos de agitadores. En estos tiempos, el enemigo no es un ejército uniformado que combate bajo los colores de una bandera sino que está aquí, con nosotros, en la casa de al lado o en ese taller de la esquina donde una pandilla atesora su pequeña colección de armas mortíferas y materiales venenosos. Nos han advertido igualmente de la explosión

de los fanatismos religiosos y de los nacionalismos a ultranza. Nos han avisado de grandes migraciones, de pueblos enteros que, rebelándose contra una vida de pobreza y desesperanza, se buscarán un destino en los países ricos de este mundo. Pero, sobre todo, nos han hablado de un colosal desastre ecológico porque el agua, ese líquido que extraemos irracional y abusivamente de los depósitos subterráneos y que usamos para desalojar nuestras inmundicias, el agua del planeta se está terminando.

Aquí, nos preocupamos grandemente de que el petróleo, "patrimonio" de todos los mexicanos, pueda ser explotado por aviesos extranjeros. De tal manera, hemos decidido atesorarlo —porque no tenemos la capacidad de extraerlo nosotros mismos— hasta que en el resto del mundo se hayan desarrollado plenamente las nuevas fuentes de energía y que los coches movidos por hidrógeno circulen alegremente por las autopistas. Nos quedaremos así custodiando el oro negro mexicano hasta el fin de los tiempos. No será ni de ellos, ni de nosotros, ni de nadie. No parece alarmarnos, sin embargo, nuestro terrorífico futuro de país petrolíferamente rico pero hidrológicamente miserable: una nación provista de un combustible tosco y contaminante en la que tomar una ducha será un lujo reservado a una minoría privilegiada.

Como siempre, pagamos las consecuencias de una cultura nacional de la imprevisión que, por

si fuera poco, ha sido aderezada de los infaltables ingredientes de populismo paternalista. El agua es un derecho, faltaría más. Naturalmente, es un derecho del que no gozan todos los mexicanos pero eso no importa. Y así, los que pueden pagarla la tienen sin pagarla al precio que cuesta y los que no pueden pagarla no la tienen porque cuesta demasiado que la tengan. El agua embotellada, curiosamente, es astronómicamente cara pero, encima, los mexicanos se joden la salud bebiendo millones de litros de refrescos adicionados de dañina fructosa. El agua corriente, por el contrario, es escandalosamente barata y se desperdicia de manera criminal porque los proveedores públicos del servicio —sentenciados por decreto a proporcionar "agua para todos"— carecen de los recursos para siquiera darle mantenimiento a las tuberías y para reciclar las aguas negras que terminan contaminando ríos, lagos y mares. Es un desastre de proporciones gigantes programado por politicastros demagogos que, ignorando deliberadamente las leyes naturales de la oferta y la demanda, están llevando el país a un situación irreversible siendo que, al final —y de todas maneras—, el agua va a terminar siendo tan cara como dramática será su escasez.

Nada es gratis y el agua, recurso cada vez más escaso, debería ser vendida, desde ahora, a un precio que garantice su conservación y reciclaje. Pero no. Nos damos el lujo de desperdiciarla. Muy pronto, lo



vamos a lamentar. Y mucho. ■■
revueltas@me.com

**Los que
pueden
pagarla
la tienen
sin pagarla
al precio
que cuesta
y los que
no pueden
pagarla
no la tienen
porque
cuesta
demasiado
que la
tengan**

